

# Una deuda con Delia

Barbara Metzger



Traducción de M<sup>a</sup> del Pilar Díez Martínez



PANDORA

Libros publicados de Barbara Metzger

1. Una deuda con Delia

**LA CASA DE LAS CARTAS**

1. As de corazones

2. Jota de tréboles

Próximamente:

3. Reina de diamantes

Título original inglés: *A Debt to Delia*

© Barbara Metzger, 2002, published by arrangement with Lennart Sane Agency AB

Diseño de la colección: © Alonso Esteban

Ilustración de cubierta: Franco Accornero via Agentur Schlück GmbH

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: M<sup>a</sup> del Pilar Díez Martínez

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

ISBN: 987-84-9800-581-3

Depósito legal: B-6001-2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

No se trata de una deuda, sino de una dedicatoria:  
para Edith, lady Layton,  
cuyo corazón es tan grande como... su perro.

Era hombre muerto, o casi, lo cual no suponía diferencia alguna. Ya se había desprendido de su caballo, misericordiosamente liberado de su mala suerte con el último tiro de la pistola del mayor. Sin duda, el oficial hubiera podido encontrar más munición en algún lugar de este campo empapado con la sangre de sus camaradas caídos y bañado en la oscuridad, pero le temblaba demasiado el brazo derecho como para recargar la pistola. Aún le quedaba el sable, pero si retiraba la mano de la herida de espada en su hombro izquierdo, probablemente moriría desangrado. No, un rápido vistazo le dijo que eso ocurriría con toda seguridad.

Ya era bastante malo no tener caballo, estar prácticamente desarmado y perder la vida gota a gota sobre una franja de suelo extranjero que no le importaba a nadie más que a los nativos. Peor aún era el hecho de que su uniforme se mantenía limpio excepto por la mancha de sangre que iba extendiéndose, un reclamo escarlata para cualquier francés que acechara a través del polvo que se levantaba. Y lo peor, el mayor lord Tyverne (Ty para los amigos, de los cuales tenía muchos, y para sus familiares, de los cuales había pocos) había conseguido encontrarse atrapado y aislado tras la línea enemiga. Decidió recitar sus oraciones.

Meciéndose sobre sus pies, primero Ty tenía que decidir por qué rezar: por una muerte rápida, por el perdón de sus pecados o por la oportunidad de llevarse al Más Allá por lo menos a un maldito franchute como pago por esta sangrienta carnicería.

Entonces se preguntó si el Todopoderoso de alguna manera escuchaba las oraciones en ese día alumbrado por el infierno. Cuando miró a su alrededor, lo puso en duda. Percibió una gran nube de polvo que se movía a su izquierda y una más pequeña y más rápida a su derecha. La caballería. Así que de eso se trataba. Ty intentó convencerse de que era un hombre con suerte. Muchos soldados nunca llegaban a cumplir los veintinueve años. La mitad de los valientes muchachos bajo su mando no eran más que unos jovencitos que acababan de empezar a afeitarse cuando los cañones franceses los alcanzaron.

Ni siquiera por un instante consideró el mayor Tyverne yacer al lado de su caballo caído haciéndose pasar por muerto. ¿Para qué? Sin la ayuda de un médico ya moriría lo suficientemente pronto. ¿Rendirse? Nunca. Mejor caer luchando ahora que pudrirse poco a poco en un horrendo campo de prisioneros francés mientras esperaba un rescate que su padre nunca pagaría.

Juró para sí que era una ridiculez. No quería que sus últimos pensamientos antes de acercarse al Creador fueran para ese hombre ruin. En su lugar trató de imaginarse a su bella madre antes de que falleciera, sus hermanos y hermana pequeña, verdes prados, flores, su primer poni.

Lo que se acercaba por la derecha como un trueno no era un poni. Era un enorme caballo de batalla blanco, cubierto de sudor y echando espuma por la boca, con un soldado que blandía una espada sobre su grupa... un casaca roja pelirrojo británico.

El hombre se detuvo mientras el caballo se elevaba sobre las patas traseras y desmontó de un salto a menos de medio metro de distancia de Ty.

—Una buena herida, ¿no? —preguntó, al tiempo que evaluaba la herida del mayor y la otra nube de polvo.

Ty solo pudo hacer un gesto de asentimiento al jinete, un teniente, tal y como pudo comprobar mientras el joven clavaba su sable en la tierra y rebuscaba en los bolsillos de su alforja en busca de una fina tira de piel. Apretó la correa alrededor de la parte superior del brazo de Ty.

—Esto debería detener la hemorragia hasta que los matasanos puedan coserla. Y ahora, vamos, en marcha. —Con dificultad, el esbelto teniente arrastró a Ty hasta el caballo, que pifaba e intentaba apartarse sigilosamente del olor a sangre.

—Maldita sea, *Diablo*, no te me pongas pesado ahora —ordenó el teniente mientras juraba y gruñía para elevar a Tyverne en la silla—. Es un amigo, ¿me oyes? Ahora llévalo a casa, compañero. —Puso las riendas alrededor de la mano derecha del mayor.

Al darse cuenta de lo que pretendía el joven, Ty protestó.

—No, vos también tenéis que venir. Podemos montar los dos.

El teniente hizo un gesto negativo con su pelirroja cabeza.

—El viejo *Diablo* está demasiado cansado para llevarnos tan lejos a los dos. No sois un peso ligero, mayor. —Ty era alto y ancho de espaldas, por lo menos doce kilos más que el menudo teniente—. Nunca lo conseguiríamos.

—Pero, ¿no puedo llevarme vuestro caballo, soldado!

—Por supuesto que podéis, mayor. Tengo mi pistola, mi espada y mi ingenio. Tengo la intención de hacer pagar a los franchutes por su trabajo de hoy. Ahora id. —Levantó la mano para golpear al caballo en la grupa.

—¡Esperad! ¡Ni siquiera sé vuestro nombre, o dónde llevar el caballo!

El teniente se rió.

—Todos saben dónde llevar a *Diablo*, mayor, y yo le silbaré cuando regrese. Es un viejo truco de circo. Mientras

tanto, soy Croft, el teniente George Croft, a su servicio. Le haría el saludo reglamentario, pero dudo que haya tiempo. —Bajó la mano y empujó al caballo hacia adelante—. A casa, *Diablo*, llévalo a casa.

Con las piernas colgando ya que el caballo no parecía necesitar instrucciones con las riendas, Ty se dirigió a él.

—¡Juro por Dios que estoy en deuda con vos! ¡Os debo la vida!

El joven volvió a reírse mostrando así una blanca dentadura con un agujero considerable entre las paletas.

—Entonces luchad. Luchad para transmitir el favor. Salvad la vida de alguien.

Y luchó.

Ty luchó frente a los carniceros para poder salvar su brazo cuando quisieron cortárselo. Luego luchó contra la infección que siguió al cosido apresurado y chapucero de los cirujanos. Luchó para no tomar el láudano que lo hubiera mantenido esclavizado toda su vida y entonces tuvo que luchar contra los brotes de dolor y la ausencia de la droga. Se revolvió contra las fiebres que se extendieron en el campamento militar, incluso después de que hubiera sido trasladado a una granja apartada del hospital sumido en la enfermedad.

También luchó contra la desesperación de pensar que su brazo nunca volvería a funcionar con normalidad, que su carrera estaba acabada, que había perdido tantos buenos soldados y amigos.

Pero entonces el mayor lord Tyverne tuvo que tragarse su propia pena cuando le trajeron las pertenencias del teniente Croft. Perdió esa batalla y lágrimas de culpa, angustia y remordimiento surcaron finalmente sus mejillas ahora ajadas, para humillación suya y para mortificación de los camaradas de Croft.

Uno de ellos intentó aliviar la situación según colocaba un par de gastadas alforjas en la silla junto a la cama de Ty.

—El viejo George siempre decía que cualquiera que pudiera montar a *Diablo* cuando él ya no estuviera se podía quedar con el animal. Ninguno de nosotros estamos ni siquiera dispuestos a intentarlo, así que suponemos que poseéis el caballo más terco del ejército del rey, así como sus aperos. —El hombre, el teniente Harper, hizo un gesto hacia las bolsas de piel.

Ty utilizó la manga de su camisa de dormir para retirar los signos de su debilidad mientras simulaba apartarse un rizo de pelo rubio que había caído sobre su frente. Se aclaró la garganta.

—¿Está... está bien el caballo? Ya sabéis, me salvó la vida. —Eso era lo que había hecho el caballo, y también el teniente Croft.

—¿Bien? Parece que lo maltrataron antes de que George lo rescatara de un circo ambulante o algo así. Ahora es más mezquino que nunca y aterroriza a los que lo cuidan y a los otros caballos. Ese rompehuesos se habría convertido en guisado para la tropa de no haber sido por vos, pero lo tenemos en un establo solo para él, esperándoos.

Los hombres evitaban mirar al débil mayor enfebrecido y a su brazo en cabestrillo y se preguntaban, como bien sabía Ty, si sería capaz de vérselas con un jamelgo y mucho menos con un impresentable pura sangre. Él también se lo preguntaba pero agradeció sus esfuerzos a los amigos del teniente.

—No nos daréis las gracias ni a nosotros ni tampoco al viejo George cuando intentéis montarlo —dijo Harper al salir—. Nadie lo ha podido hacer, excepto George y vos. Los mozos os lo agradecerán cuando os llevéis a *Diablo* a casa con vos. Seguro que están rezando por vuestra pronta recuperación.



El oficial al mando del teniente también visitó al mayor en su lecho a petición de este. El capitán Nayland le informó de que había enviado la espada y el baúl de Croft a su familia en Hillsdale-at-Hythe, en Kent y, efectivamente, le escribiría la dirección.

—Creo que tiene una hermana —dijo encogiéndose de hombros—. Y también una pequeña propiedad. Quizá fuera un baronet.<sup>1</sup> —Después de doce años en el ejército, Nayland había visto ir y venir a demasiados tenientes novatos como para conceder demasiada importancia a ninguno de ellos. Dormía mejor por la noche si no conocía los detalles personales de sus hombres y aconsejó al mayor Tyverne que hiciera lo mismo—. Olvidaos de Croft. Solo era un soldado más que cumplía con su deber al igual que todos nosotros.

Aun así, el mayor insistió.

—Pero ¿era un buen oficial?

Nayland arrojó a un lado el puro que estaba fumando.

—¿Bueno? George Croft era temerario, descarado e imprudente, como todos esos héroes alocados que piensan que vivirán para siempre. Ni siquiera tenía que haber estado en vuestro sector ese día. No tenía formación, ni comprendía las tácticas militares, ni tenía miedo.

Cuando el otro hombre se hubo marchado, Ty se dijo que, en otras palabras, lo que ocurría era que George Croft era joven. Según Nayland, el teniente apenas tenía veinte años, casi una década más joven que Ty. Al ser un terrateniente, un caballero con título, habría tenido toda una vida por delante si no hubiera sacrificado ese futuro prometedor por Tyverne.

---

<sup>1</sup>N. de la t.: Título nobiliario británico de rango hereditario inferior al de barón, pero superior al de caballero.

El peso de ese sacrificio le sobrepasaba. Desde su madre, nadie le había dado nunca ni siquiera un pañuelo y, sin embargo, un perfecto extraño le había dado su vida. Maldita sea, ¿cómo podría pagar semejante deuda a un hombre que estaba muerto? No, no estaba llorando de nuevo, no un veterano que llevaba en la guerra cuatro años, no un valiente mando de soldados con recomendaciones del general que lo demostraban. No Arquímedes St. Ives, vizconde de Tyverne, el futuro conde de Stivern. El humo rancio del puro del capitán estaba haciendo que le lloraran los ojos, eso era todo.

Durante dos días, las alforjas del teniente permanecieron sobre la silla cerca de la cama de Ty antes de que él pudiera mirar lo que había dentro. Durante dos días, esas cosas se permanecieron posadas allí como un buitres o como un juez dictando sentencia.

Los propios amigos del mayor se acercaron cuando pudieron y le trajeron noticias de las batallas, cotilleos del cuartel de los oficiales, bromas del campamento, una cesta de naranjas de Dios sabe dónde. Se sentaban en su cama y arrojaban las peladuras al suelo y se reían cuando Andrew McDougall recordó un mensaje sobre el caballo de Tyverne.

—Tu nuevo caballo —decía—. La palomilla —así era como llamaban a los caballos blancos—, ese que come botas para desayunar. El sargento que se encarga de los establos dice que se hará cargo del animal una semana más. Luego al matarife.

De modo que Ty intentó recobrar sus fuerzas y su voluntad por una bestia maleducada. Pero antes tenía que repasar las pertenencias de George Croft.

Un pequeño saquito de piel contenía unas pocas monedas portuguesas y británicas. Esas y otras muchas más irían a parar a los mozos y cuidadores para reemplazar y reparar sus rasgados uniformes y sus sombreros hechos jirones. Al

granjero en cuya cama dormía Ty le gustó la gastada baraja de cartas y a su esposa le encantaron los pañuelos de lino. La pequeña pistola hizo que a Ty se le encogieran las entrañas (¿qué habría ocurrido si Croft hubiera tenido otro arma en su poder?), hasta que se dio cuenta de que estaba atascada y nunca dispararía de nuevo.

Olisqueó los puros envueltos en papel y asintió. A pesar de la forma en la que despotricaba y de que jurase desinterés, estaba seguro de que el capitán Nayland había compartido su tabaco con sus subordinados. Ty se los envió de vuelta al capitán. Sacó de la bolsa unas tiras de piel, un guante desparejado, una espuela rota y apartó una petaca abollada y un cuchillo con mango de hueso mientras respiraba aliviado. En el fondo de las bolsas no se atesoraban relojes, ni miniaturas de las personas amadas, ni sellos con un mechón de pelo o con el blasón familiar que hubieran de añadirse al peso de la culpa de Ty. Únicamente un paquete de cartas...

¿Estaba mal leer la correspondencia de un muerto? Lord Tyverne se consideraba un hombre de principios. De hecho, había fundamentado su vida en torno a los preceptos del honor y del deber. No se le ocurriría revolver entre las pertenencias de otra persona de igual modo que no se le ocurría robar el caballo de otro hombre.

Bueno, al parecer ahora el caballo y las posesiones le pertenecían. Además, un soldado ya tenía que saber lo suficiente como para que, en el supuesto de que ocurrieran eventualidades de este tipo, no apareciera nada que lo incriminara o avergonzara. No había nada en el propio equipaje de Ty, por ejemplo, de lo que su ordenanza no pudiera ocuparse mientras empacaba su baúl para el viaje a casa. Ciertamente era que, por lo que parecía, el teniente Croft no llevaba demasiado tiempo en el ejército, menos de seis meses, así que quizá no había pensado en quién leería su diario, si es que tenía uno, o sus cartas de amor si las recibía. Sin embargo, si Ty no leía las cartas, ¿cómo podría decidir si alguien más tenía derecho a los arreos del teniente?

El primer trozo de papel era una deuda de juego garabateada con las iniciales de Croft y extendida a favor de uno de los jóvenes oficiales que había traído las alforjas. Harper había sido lo suficientemente decente como para no reclamar a Tyverne el saquito de monedas o la pistola, por no hablar de la deuda. Pero Ty podía pagarla y lo haría con gusto. Para él era una cantidad mínima, pero para el teniente podría suponer una comida mejor o una botella de vino decente. Como

mínimo, el joven podría perderla frente a otro amigo en una noche de apuestas. Los oficiales de menor rango tenían muy poco que los mantuviera ocupados entre las diferentes incursiones y jugar a las cartas los mantenía alejados de otros pasatiempos menos saludables de los que podía disponer un campamento militar.

Esa miseria no comenzaría siquiera a pagar la deuda que Ty sentía que debía, pero algo era algo. Dejó el pagaré a un lado.

El siguiente trozo de papel era el recibo correspondiente a unas botas y a un sombrero nuevo. Al parecer, *Diablo* no hacía excepciones con el atuendo de su propio dueño. Ty también pagaría esa cantidad, haciendo así saber que cumpliría con cualquier reclamación legítima de los mercaderes locales o de algún proveedor del ejército. A George Croft no se le recordaría como un deudor con trapos sucios.

Lo siguiente en el pequeño montón de correspondencia era una carta tan sucia y arrugada, tan a punto de romperse en mil pedazos que los diferentes recuadros mil veces plegados solo estaban unidos por salpicones de la cera de una vela. Para empezar, el texto era casi ilegible, pero las manchas de agua y las líneas tachadas y vueltas a tachar hacían del saludo y la despedida algo indescifrable. Ty puso esa hoja sobre un montón diferente.

Había algunos recortes de periódico doblados: anuncios de material agrícola, la crítica de un libro sobre las enfermedades de las ovejas, una amarillenta columna de sociedad que mencionaba el vestido amarillo de la señora de Clarence Croft, los resultados de las carreras de los Downs.

Esto no estaba bien. Ty se sentía como un fisgón, un intruso. Estuvo a punto de desistir y enviar todo a su hermana en Kent para que ella dispusiera lo que considerara oportuno. Sin embargo, la siguiente hoja atrajo su atención.

Una carta de dimisión, escrita en la misma caligrafía que la deuda de juego y dirigida al oficial al mando de Croft. Sin enviar y sin firmar, seguía resultando inquietante: ¿sería que Croft no consideraba la vida militar algo de su gusto? Lo que estaba claro era que el muchacho no era un cobarde. Pero ¿quizá había comenzado a darse cuenta de la monotonía y futilidad del ejército? ¿O solo añoraba su hogar?

Ty recordó sus primeros meses en la caballería. Mayor que Croft, ya había alcanzado la mayoría de edad y la importante herencia de su madre le había permitido comprar su grado. Una semana después de su cumpleaños, colocó una corona de flores sobre su tumba, visitó a sus dos hermanos menores, escribió una carta a su hermana casada y se marchó. Lejos de echar en falta Inglaterra, se regocijó en la libertad y en encontrarse lejos de la presión ejercida por su padre. Ningún general era tan autocrático, ninguna orden tan arbitraria y ningún desacuerdo tan desabrido como los del conde. El ejército, con su camaradería, su sentido del orden y el propósito moral de vencer a los corsos y defender el Imperio le iba al vizconde Tyverne como anillo al dedo.

Quizá Croft tenía algo más que echar en falta en su hogar de Kent.

Eso parecía demostrar la carta de su hermana.

Mi querido hermano:

Espero que cuando recibas la presente estés bien. En realidad, lo que espero es que la recibas, ya que mis anteriores correos han debido de extraviarse, porque si no ya habrías contestado. No, ya habrías aparecido.

Ty se recostó en las almohadas para leer el resto de la carta. La letra mostraba una caligrafía limpia y cuidada, pero de

pequeño tamaño para ahorrar el gasto de tener que enviar otra página. Por lo que parecía, la señorita Croft era de naturaleza ahorradora, pero tenía mucho que contar.

Seguro que recibiste alguno de mis correos anteriores. Lamento decirte que la situación es más desesperada que lo que te transmití en un principio.

Ty decidió que, a juzgar por su estilo, la señorita Croft tenía una vena dramática.

Ahora me rechazan en el pueblo e incluso el primo Clarence y su querida (el énfasis hacía ver la mentira en las palabras escritas por la señorita Croft) esposa Gwen se niegan a traspasar nuestro umbral, ni siquiera por las tartas de frambuesa del cocinero y ya sabes como Clarence siempre comía más que lo que le correspondía en justicia y luego se llenaba los bolsillos cuando pensaba que nadie lo veía.

Pero estoy divagando.

Y lo hacía, ciertamente. Ty quería saber cuál era la naturaleza de esa dificultad que la impulsaba a animar a un soldado a abandonar en el medio de una campaña, y no le importaba la glotonería de su primo.

Clarence, a través de comunicación escrita, se ha negado a dejarnos disponer de más fondos. ¿Cómo has podido dejar a ese zampabollos a cargo de nuestras finanzas?

¿Un hombre que robaba tartas? Ty ahogó la risa. Ciertamente, ¿cómo?

Así que no tenemos recursos para abandonar esta vecindad en la que las cosas son tan desagradables.

¿Cómo? ¿La hermana de Croft se sentía desairada por las matriarcas locales debido a alguna metedura de pata en sociedad y deseaba marcharse de casa? ¿Y por eso pensaba esa mujer que el teniente debería dejar su puesto y abandonar a sus hombres? Ty sacudió la cabeza al tiempo que la sonrisa se desvanecía.

Lord Dallsworth ha hecho saber a través del vicario, el cual dirigió el sermón del pasado domingo directamente a nuestro banco, y tal y como te hago saber para mayor mortificación mía, que retira su oferta de matrimonio.

Ty dejó de sonreír. Un caballero no rompía un compromiso sin una buena razón. Maldita sea, ¿en qué lío se habría visto envuelta esta mujer que necesitaba dinero y a su hermano para arreglarlo ... o un cambio de escenario?

Pensé en preguntar a la tía Rosalie si podíamos visitarla en Londres, pero se negó y dijo que seríamos bienvenidos cuando esta pequeña situación tan desagradable se desvaneciera. Como si un recién nacido fuera cualquier cosa. O como si fuera a desaparecer, como una mancha.



Por todos los diablos. Ty temió haber entendido demasiado bien la naturaleza del problema de la señorita Croft, aunque qué puñetas esperaba que hiciera el pobre George le suponía un misterio. Suponía que llevarla a una casita en Gales donde pudiera permanecer en el anonimato. Pero no, las siguientes líneas escritas por la mujer refutaban esta posibilidad.

Me temo que viajar ha dejado de ser una opción. Parece ser que los cálculos eran erróneos y queda incluso menos tiempo del que pensábamos Belinda y yo.

Belinda debía de ser su criada o algo así.

No pretendía preocuparte, pero yo estoy terriblemente angustiada ante el eventual resultado.

Y con razón lo estaba. No solo no era capaz de mantener las faldas en su sitio sino que tampoco sabía contar.

¿Qué debo hacer, George?

Y ¿qué iba a hacer George desde la Península? Ty pensó que era ridículo. Probablemente la joven esperaba que George la casara con uno de sus amigos, o quizá que llamara al padre a capítulo. Eso era justo lo que el pobre teniente necesitaba: ir a casa para batirse en un duelo por el honor de su hermana. Mejor había hecho en morir aquí y por una buena causa.

Ty apenas pudo acabar la carta y sintió repugnancia cuando la mujer trató de echar parte de la culpa a Croft por haberse alistado cuando tanto se le necesitaba en casa. Bueno,

la Corona también necesitaba aquí hombres buenos para evitar que Bonaparte conquistara el mundo y eso es lo que Ty diría a la mujer. De hecho, había decidido decir a la quejica y llorosa señorita Croft que su carta había sumido a George en tal estado de desesperación que había muerto por salvar a un oficial desconocido. Mujeres, *bah*. Ty siempre las había considerado la muerte del hombre. Ahora se demostraba que tenía razón.

«Tu querida y preocupada hermana.» ¡Y tanto! Más bien una verdugo ligera de faldas.

Al parecer, George no compartía la rabia de Tyverne.

La carta inacabada de Croft, la última del montón comenzaba con un: «Mi querida hermana». No había ni reproches ni recriminaciones. Ty supuso que quería a su hermana tanto como cualquiera, pero si ella había ensuciado su expediente de forma tan flagrante, por lo menos esperaba encontrase con una o dos palabras de censura. O tres, como: ¿cómo has podido? El vizconde sacudió la cabeza. O mejor cinco: ¿cómo has podido, maldita sea?

En su lugar, George pedía perdón a su hermana por no estar allí cuando lo necesitaba. O era un santo o... Ty se incorporó con tanta rapidez que el resto de los papeles se desperdigaron y su brazo herido se resintió intensamente, de modo que volvió a tumbarse sobre las almohadas hasta que el dolor remitió. Agarró la carta con fuerza y se quedó mirando el blanco techo sobre su cabeza. Dios mío, ¿y si la pobre chica había sido forzada? Sabía que las ciudades pequeñas y las mentes estrechas no distinguían entre una buscona y una mujer violada. «Perdida» significaba «perdida» y ninguno de los que se hacían llamar «gente decente» acudiría en su ayuda. Claro que querría cambiar de lugar, hacerse pasar por viuda en algún sitio después de que su propia familia, los primos, la tía de Londres, le hubieran vuelto la espalda. Sin

dinero y sin amigos, solo el cielo sabía lo que podía ocurrirle a la señorita Croft. Sin George... No podía soportar pensar en ello. Su carta continuaba:

Te juro que nunca hubiera dejado que sopor-  
taras esto tú sola si llego a saberlo a tiempo.

Ty frunció el ceño mientras seguía leyendo.

Y escribiré a Clarence hoy mismo para hacer que dispongas de los fondos que necesites, incluso si tiene que hipotecar Faircroft. Contrata a los mejores médicos o manda que traigan de Londres a uno de esos parteros si crees que eso será mejor. Haz lo que debas, Dilly...

¿Dilly? ¿Qué nombre era Dilly? Ty miró más arriba en la carta, pero la señorita Croft no había mencionado su nombre, solo «hermana».

... hasta que regrese a casa.

El mayor Tyverne contrajo la mandíbula. Croft había tenido la intención de acudir en ayuda de su hermana, para cualquier cosa que pudiera necesitar.

Pedí un permiso al capitán tan pronto como recibí tu última carta y la de Belinda, por supuesto, pero se negó, ya que se vislumbra una batalla importante. Te juro que me aseguraré de que me hieran superficialmente (nada serio, no te preocupes, para que no te agobies con respecto a mí cuando ya tienes bastante con lo que te

toca), pero lo suficiente para que tengan que mandarme a casa.

En este punto, a Ty le comían ya los nervios.

Si no, dimitiré de mi puesto y soportaré la etiqueta de cobarde, ya que más has aguantado tú en casa.

Ty podía muy bien imaginar los insultos que una doncella soltera y encinta podría escuchar y los susurros difamatorios que no. Las espaldas vueltas, la falta de respeto... ¿Cómo podría una joven educada en la nobleza rural soportar eso ella sola? Y ahora añadir el dolor ante el fallecimiento de George era algo más que cruel.

Sabe Dios qué ocurriría con ella o con su hijo sin el apoyo de Croft. Ese primo, Clarence, parecía ser un tipo detestable que los echaría a la calle. Si la hermana de George renunciaba al bebé, de la misma manera en la que muchas mujeres en sus circunstancias se veían forzadas a hacer, seguiría sin ser bienvenida en la comunidad, nunca le darían referencias para un empleo, nunca tendría la oportunidad de casarse.

Ni siquiera ese cabeza hueca de George, que pensaba que podía orquestrar la profundidad y el calibre de una herida de combate, creía que su hermana encontraría un esposo.

Por lo que respecta a lord Dallsworth, no puedo lamentar la ruptura de su compromiso. De todas maneras, ya sabes que tú nunca quisiste aceptar a ese viejo palo seco. Me lo dijiste a menudo. Además, me niego a tener una hermana conocida como Dilly Dally.

George finalizaba la carta suplicando a su hermana que fuera fuerte por todos ellos. Prometió acabar la carta después de la batalla, cuando pudiera calcular mejor su fecha de llegada.

El teniente nunca completó su carta, por supuesto, y nunca llegaría a Kent. Ni a tiempo para cuando naciera el bebé ni para rescatar a su hermana. Nunca.

—Lucha —le había dicho a Ty—. Lucha para traspasar el favor. Salva la vida de otra persona.

El mayor lord Tyverne siempre pagaba sus deudas. Con una sola y notable excepción, siempre cumplía con sus obligaciones. Sabía lo que le tocaba hacer ahora.

Tenía que montar el maldito caballo.

Tener un brazo casi inútil ya era lo bastante malo. Las fiebres que continuaban haciendo que su debilitado cuerpo apestara eran peores. Pero lo peor de todo fue aterrizar sobre sus posaderas delante de la mitad del regimiento.

Los médicos habían declarado que, dado que estaba muy recuperado, lord Tyverne no se moriría por viajar a casa en el buque de transporte de la tropa. Ciertamente no habrían estado tan seguros si hubieran sabido que iba a montar a caballo y, aún peor, un caballo castrado medio salvaje que odiaba a la raza humana. Así que Ty no les dijo nada.

El caballo no parecía recordar que Croft había llamado a Tyverne amigo, a pesar de las repetidas declaraciones de este mientras esquivaba sus pezuñas voladoras y sus afilados dientes. A *Diablo* no le gustaban las botas con borlas, ni las botas con vueltas superiores de color blanco. No le gustaba que las prendas que iban al cuello tuvieran los extremos sueltos, los pañuelos que se agitaban al viento o los guantes. Detestaba las espuelas, fustas, cuerdas o cadenas. Le gustaban los sombreros. Un buen sombrero podía mantener al desgraciado entretenido durante horas, escapándose del airado dueño, machacándolo con las patas, reduciéndolo a jirones. Cuanto más cara fuera la prenda, más parecía divertirse *Diablo*.

Lo que de verdad adoraba, sin embargo, eran los caramelos de ron. Aceptaba uno de menta si no le ofrecían nada mejor, de vez en cuando almendras azucaradas o una galleta que acompañaba con un cubo de cerveza, pero lo que de verdad

saboreaba el enorme caballo eran los caramelos de ron. Daba vueltas al dulce en la boca, con los ojos cerrados y resoplando de satisfacción por los orificios de la nariz, blancos como de terciopelo. Entonces dejaba que Ty lo montara sin atacar los botones o galones de su uniforme. Sin embargo, cuando se acababa el caramelo y el caballo notaba un peso mayor de lo normal sobre su grupa...

Todos dijeron que era un milagro que el alocado mayor no se hubiera abierto la cabeza, y un milagro aún mayor que no hubiera matado al loco caballo de un disparo. Pronto este se dio cuenta de que Ty no se rendiría y de que no se le acabarían los caramelos de ron. El caballo y su nuevo dueño llegaron a entenderse, por suerte antes de que Ty se diera por vencido o de que volviera a abrirse la herida de su brazo. Todos los cocineros y aquellos del séquito del campamento que tenían un caldero hicieron una fortuna fabricando caramelos, y Ty hizo los preparativos para volver a casa, rezando por llegar a tiempo.

Delia Croft apenas tenía ya tiempo para sí misma, pero esa tarde robó unos valiosos minutos para ir andando desde Faircroft al camino principal. Necesitaba escapar del dolor y la desesperación que reinaba en la casa, donde la tía Eliza no dejaba de sollozar mientras Nanny rezaba y Belinda andaba perdida en su propio dolor. Delia temía volverse loca, sin otra compañía que la profunda pena. Paseaba por el sendero del jardín en busca de capullos de narciso, campanillas, pájaros entonado canciones de cortejo, brotes en los árboles, cualquier cosa que le dijera que la primavera se acercaba, que este invierno interminable por fin acabaría, que la vida continuaba. En realidad, buscaba soluciones a preguntas sin respuesta.

¿Qué iba a hacer? A Delia se le estaban agotando las posibilidades, el dinero y la esperanza. Nadie iba a venir ahora en su ayuda, porque incluso los parientes lejanos y los conocidos sabían de la desgracia de la familia y hacían oídos sordos a sus súplicas. Incluso las condolencias por el pobre George fueron, en el mejor de los casos, mecánicas y a regañadientes. Nadie quería compartir su carga.

Delia tocó su feo vestido de un negro desigual y pensó en todos los rituales de duelo por los que había tenido que pasar. Había tenido que teñir sus viejos vestidos en lugar de gastar el dinero en comprarse unos nuevos. La cantidad que ella tenía, sus propios fondos, que su primo Clarence no le podía negar, había ido a parar a los médicos y medicinas y al servicio adicional que necesitaban en la casa y que el agarrado de Clarence se negaba a financiar.

Delia había calculado que podía mantenerse a sí misma de una forma modesta, pero nunca podría mantener a los demás. Podía buscar un empleo, puesto que era fuerte y gozaba de buena salud, tenía veintiún años y una educación razonable. Delia pensaba que podría ser una señorita de compañía aceptable para una anciana si pudiera encontrar a alguien dispuesto a darle referencias. Sin ellas, ya podía ir en busca de la misericordia de su tía Rosalie en Londres y convertirse en su señorita de compañía sin sueldo, suponía. Seguramente podría incluso seguir aquí, cuando Clarence y Gwen se mudaran a Faircroft, trabajando gratis de ama de llaves. Pero los demás nunca. La esposa de Clarence nunca permitiría que los demás vivieran en Faircroft.

Eliza Linbury era la hermana solterona de la madre de Delia y no tenía ningún derecho sobre la rama Croft de la familia. Nanny había sido la niñera de las niñas Linbury y era demasiado anciana como para comenzar de nuevo con una nueva familia de jovencitos, especialmente la



indisciplinada y revoltosa prole de Gwen. Y además, Gwen ya disponía de una mujer para cuidar a su poco atractivo trío, gracias a Dios.

En cuanto a Belinda, no era de ninguna manera pariente de los Croft y Clarence se negaba a aceptar cualquier tipo de responsabilidad con respecto a ella. Gwen rehusaba pronunciar su nombre en voz alta. Sin embargo, Delia no podía echar de la casa a la señorita Gannon, de la misma manera que tampoco podía hacerlo con Nanny o la tía Eliza, por lo menos mientras dispusiera de la casa. Suponía que tenía que estar agradecida a Clarence y Gwen por dejarlas permanecer allí hasta que llegara el bebé. Sin embargo, la suya era una caridad propia de un corazón de piedra que rechazaba poner un pie en ese nuevo terreno heredado mientras estuviese en desgracia.

¿Y después del nacimiento? Delia no podía imaginarse qué sería de ellos. Sin George no le quedaban apenas opciones. No era más que una mujer, sin ingresos, sin una profesión. Por Dios, ya ni siquiera tenía hogar. El matrimonio era una minúscula posibilidad, puesto que aún poseía su dote (o más bien Clarence disponía de ella) si la tía Rosalie encontraba a un caballero dispuesto a casarse con una novia con la reputación empañada y con semejante carga. No, Delia pensaba que cualquier hombre que estuviera dispuesto no querría más que alguien que calentara su cama, una yegua para su camada, una sierva que le saliera gratis. La señorita Croft decidió que preferiría que la pagaran por su trabajo y limpiaría chimeneas antes que ocuparse de un hombre así. Si se casaba, un sueño que se desvaneció rápidamente, lo haría por amor o no lo haría. ¿No había rechazado a lord Dallsworth en numerosas ocasiones? Podría haber tenido seguridad, un hogar, un futuro asegurado... al precio de compartir todo aquello con lord Dallsworth. Se estremeció, y no del frío que

se filtraba por su capa. Ni por un minuto se arrepintió de haber rechazado al barón cuando George estaba vivo para mantenerla y para apoyar su decisión. Dallsworth no hubiera mantenido ahora a todos los que dependían de ella.

Por enésima vez, Delia se preguntó cómo George pudo abandonarlos de esa manera, como seguirían sin él. Los narcisos florecerían, los árboles desplegarían nuevas hojas, un bebé llegaría al mundo (el milagro supremo) y ella tendría otra boca que alimentar.

Agotada por las preocupaciones y el trabajo, Delia se desplomó en el duro banco bajo las lilas de desnudas ramas, contenta por la soledad. Dentro de la casa, se encontraba sola entre el resto de las mujeres, más sola que lo que lo había estado nunca, pero tenía que mantenerse fuerte por ellas. Ahora, ahí afuera, podía confesarse que echaba de menos a su madre, muerta hacía seis años, y a su padre, que los había dejado hacía dos. Siempre la habían protegido, la habían cuidado y servido de guía. Echaba en falta al querido George y su cabeza de chorlito, a pesar de todos sus fallos, de los cuales el peor, por supuesto, había sido morir.

Delia se llevó a los ojos la cofia que había comenzado a llevar puesta en un vano intento por parecer más respetable, como si una cofia pudiera confirmar su decencia de una manera cuando no lo habían hecho sus veinte años de virtud.

Se reprendía a sí misma llamándose tonta, y más que tonta. Las lágrimas no la librarían de sufrir las consecuencias. Volvió a ponerse la cofia sobre la larga trenza que estos días llevaba por su simplicidad. Colocó unos pocos rizados sueltos bajo el borde del tocado y se levantó del banco. Se dijo que ya bastaba de introversión y autocompasión. Tenía cosas que hacer, preparativos que realizar. El bebé necesitaría ropa nueva, tanto si tenía un padre como si no.

Durante el camino de vuelta a casa, Delia se detuvo al escuchar el ruido de un caballo en el camino principal. Esperó hasta ver si el jinete pasaba de largo, aunque bien sabía Dios que no esperaba compañía. El caballo se acercó trotando a la verja que conducía a Faircroft, aminoró el paso y giró hacia el camino de entrada. Delia vio el enorme caballo, tan pálido que parecía níveo a la luz del sol, y el jinete vestido con una casaca escarlata.

¡George volvía a casa después de todo! ¡Los del ejército se habían confundido, habían enterrado al hombre equivocado!

—¡Mindle! —gritó en dirección a la casa y a su mayordomo, que había sido ayuda de cámara de su padre—. ¡Mindle! ¡Llama a la tía Lizzie y a los demás! ¡Venid a ver quién ha...!

No era George, por supuesto.

El jinete, que llevaba la cabeza descubierta, tenía el pelo rubio, tal y como Delia podía ver ahora, y no el pelo rojo fuego de George. Era más grande y más corpulento que su estilizado hermano y tenía bastantes más ribetes y lazos dorados sobre la guerrera de su regimiento. Lo más revelador era que iba sentado como un saco sobre la silla. George nunca se habría dejado caer de esa forma y tampoco habría mantenido a *Diablo* con las riendas flojas, no a ese caballo, si es que quería llegar a casa intacto.

Caballo y jinete avanzaban de manera inestable por el sendero del jardín aplastando en su camino algunos capullos de prímula.

Dios mío, ese hombre parecía confundido. Se alegró de haber llamado a Mindle, ya que todos habían escuchado historias terroríficas sobre soldados que regresaban y se volvían criminales. Dover, el chico nuevo que acababa de contratar, también acudió a su llamada con un cubo de agua

en la mano. Sus aliados quizá fueran apenas siete y rozando los setenta años, pero era mejor que nada.

Ty sabía que era un milagro no haberse caído de la silla desde hacía tiempo. Si el caballo no pareciera conocer el camino, nunca habrían llegado. Tal y como estaban las cosas, cada paso de *Diablo* hacía saltar chispas en su cabeza. Le temblaban las manos, apenas veía el suelo que tenía ante él. Pero estaba cerca, e iba a saldar la deuda con George Croft aunque eso le costara la vida.

Gracias a Dios no tenía que llamar a los de la casa, puesto que tenía los labios agrietados y la lengua seca y había apretado los dientes tan fuerte para calmar el dolor que dudaba mucho que pudiera abrir la boca. Sin embargo, había una mujer esperándolo. La mujer adecuada. A no ser que estuviera alucinando de nuevo, la hermana de George Croft estaba esperándolo, de una forma misteriosa en la que ya pensaría más tarde. Tenía que ser ella, de pie ante la puerta como un animal defendiendo su guarida. Un rizo pelirrojo descendía por el hombro de su vestido de luto. Parecía tener la misma constitución menuda de Croft. No, eso no podía ser cierto a no ser que hubiera llegado tarde. No podía haber llegado demasiado tarde. No llegaría demasiado tarde.

—¿Señorita Croft? —dijo Ty con voz ronca según el caballo se detenía a unos metros de la mujer.

Ella asintió.

Él desmontó. Lo que en realidad hizo fue sacar los pies de los estribos, balancear una pierna y deslizarse sujetándose a la silla con su mano buena, rezando para que a *Diablo* no le diera ahora por volver a sus viejos trucos.

Ninguno se movió. Incluso en el estado febril en el que se encontraba, el instinto de soldado de Ty le decía que dos

hombres se acercaban desde uno de los edificios, uno con una horca, mientras otros dos tomaban posiciones a ambos lados de la señorita Croft. ¡Por Zeus! Debían de pensar que era un bandolero.

Intentó una reverencia con una mano todavía sobre la silla de *Diablo* para mantener el equilibrio.

—Ty. T-Tyverne —balbuceó.

—No, esto no es una taberna —afirmó la señorita Croft—. Hay una posada en el pueblo. Ahora, vuelva a su caballo y déjenos.

El hombre de la horca la agitó, amenazante. *Diablo* comenzó a alejarse a saltitos, bufando con las orejas gachas.

Al haber perdido el apoyo, Ty dio un paso vacilante hacia delante. Los subordinados de la señorita Croft cerraron filas en torno a ella. El sirviente de mayor edad blandía una tetera de plata y el trapo de lustrar. El chico levantaba un pesado cubo de madera.

—No quiero hacerles daño —consiguió decir Ty—. Una deuda... con George Croft.

La señorita Croft no relajó un solo músculo.

—Lo que quiera que existiera entre George y usted tendrá que quedarse así. Me niego a responsabilizarme de las deudas de juego de George, encima de todo lo demás.

—No... no se trata del juego. Es mi vida. —Tyverne tuvo que contener un quejido al tambalearse para adelantarse un paso más. Levantó sus brazos para demostrar que venía en son de paz, lo que constituyó un error fatal debido a su precario equilibrio. Arrodiándose, justo antes de caer inconsciente, el vizconde transmitió finalmente su mensaje.

—Y he venido para casarme con usted.